

Luego se divulgó por el terreno
El socorro de gente que venia,
Y que tenían ya poder mas lleno
De peones y de caballería:
Que fué bastante para poner freno
A otra tempestad que se movia,
Templándose los indios inquietos
Y sirviendo mejor los ya subyertos.

El Cabrera con sesenta peones
Y veinte de caballo salió luego
A castigar algunas poblaciones
Mas culpadas en avivar el fuego:
Fué la primera la de los yalcones,
Por ser origen del desasosiego,
Do con cautela hizo Juan Cabrera
Un negocio que yo no lo hiciera.

Y fué llamar de paz aquellas gentes,
Diciendo que traía limpio pecho,
A cuya voz vinieron obedientes
Algunos con preceas de provecho;
Hizoles con caricias aparentes
No recelarse de contrario hecho,
Pues por ser capitán recién venido
Facilísimamente fué creído.

Dijoles que declaren sus intentos
A todos los caciques y señores,
Y que traía buenos pensamientos,
Aunque cierto pudieran ser mejores;
Al fin mandó que ciertos aposentos
Do posaban allí, fuesen mayores;
Dicen que los harán, y este concierto
Fué donde Pedro de Guzmán fué muerto.

El Pigoanza y otros principales,
Sin ir ellos mandaron comisarios
Con hasta cuatrocientos naturales
Cargados de maíz y frutos varios,
Y la madera y otros materiales
Para hacer la obra necesarios;
La cual adonde se les dió licencia
Se comenzó con grande diligencia.

Y estando todos ellos desuadados
En asentar los palos embebidos,
Del Juan Cabrera fueron asaltados
Y de los que con él eran vendidos,
Y como los cogieron desarmados,
Quedaron la mitad dellos caidos;
Y otra canalla desta gente perra
Dentro de sus entrañas los entierra.

Porque venían en aquel viaje
Para les ayudar en la ruina,
No por otro salario ni otro gaje
Sino la monstruosa golosina:
Que la bestialidad deste linaje
Con mas ferocidad se desatina
Que las fieras del mas sangriento pio,
Pues nunca comen las de su natio.

Y estos no dejan deudo ni pariente,
Ni reservan hermano ni a la hermana,
Hijo de sus entrañas precedente,
Decrépito varon, ni vieja cana;
Y muchos dellos tienen de presente
Contracto público de carne humana,
Que son pijaos, cuyas condiciones
Esceden á las mas fieras naciones.

Fuó cierto principal destos gentios
Reprehendido por términos buenos,
Porque con sus voraces desvarios
Muchos súbditos suyos hizo menos,
Y respondió: «Yo como de los míos,
Que no voy á comer de los ajenos.»
Mas yo creo que fué tal el enmienda
Que nunca comió mas de su hacienda.

Que las exorbitantes sinrazones
Desta nacion crüel, ciega, perdida,
Hacían á las pias condiciones
Salir algunas veces de medida,
Juzgando que tan duros corazones
Eran indignos de gozar de vida;
Y aun con usar entonces de rigores,
No por eso los vivos son mejores.

Salió Cabrera pues de los yalcones
Y fué por Aniobongo su corrida;
Pero como tenían relaciones
Ser la paz que promete fementida,
Desampararon casas y rincones,
Tomando la montaña por guarida:
Nadie quiso venir, y desta causa
A Timaná volvió, do hizo pausa.

Y preparando lo que convenia
Para volver sin lluvias del invierno,
Estendióse por indios que venia
A lo de Popayán nuevo gobierno:
Este diré quién fué, pero querría
Dar á la novedad canto moderno;
Y así, para salir con el intento
Me conviene tomar algun aliento.

CANTO NOVENO.

Donde se trató cómo Pascual de Andagoya, siendo proveído por gobernador de la tierra adyacente al río que llaman de San Juan, se entró por la tierra conquistada por Benalcazar y sus capitanes, y se hizo obedecer en Popayán y en los otros pueblos desta gobernacion, y lo demás que de su venida resultó, hasta la venida de don Sebastian de Benalcazar.

El gusto sensual del avariento
Al interese corre tan sin freno,
Que lo que puede dalle henchimiento
Parece que lo hace menos lleno,
Y con lo proprio suyo no contento,
Mete las manos en lo que es ajeno,
Fantaseando que cualquier provecho
A él solo le viene de derecho.

Aquestas insolentes sinrazones,
Que vuelan á mil fines aplicadas,
No faltaron en indias regiones
Antes de estar las cosas asentadas,
Y hubo grandes encuentros y pasiones
Sobre las tierras en gobierno dadas;
De las cuales será prueba patente
La que se nos ofrece de presente.

De la sierra do nacen los dos rios
Cauca y el otro de la Magdalena,
Que riegan diferentes señorios,
Segun he dado ya cuenta mas llana,
Otro procede no largos desvios,
Llamado de San Juan, pero su arena
Al antártico polo va guiada
Y en las ondas del Sur hace parada.

Por diversas provincias se derrama,
De que no sabré yo ser coronista;
Mas sé que que río de San Juan se llama,
Por ser tal día su primera vista,
Y dél pidió, guiado por la fama,
Un Pascual de Andagoya la conquista,
Persona que debía merecilla,
Y así vino con gente para ella.

A su gobernacion en el destajo
No le puso medida tan estrecha
Que no saliese por algun atajo
A lo que mas le cuadra y aprovecha;
Y así, por ahorrar duro trabajo
Determinó venir á casa hecha,
Que es la de Popayán, por ser vecina
De la que se le dió, con quien confina.

Y si pudo lugar haber alguno
Para hacer creer ser sus anejos,
Entonces lo halló bien oportuno
En los pechos dudosos y perplejos,
Por conocer gobernador ninguno,
Salvo Pizarro, pero tan de lejos
Que dalles otro gobernador era
Por esta causa cosa creyera.

El Andagoya pues allí venido,
Hizo presentacion de provisiones,
Dándole á las letras el sentido
Que conformaba con sus pretensiones;
Y aunque reconociesen ir torcido
Y se pudieran alegar razones,
Los de cabildo, por tener sosiego,
En Popayán lo recibieron luego.

Y en todos los demás por sus tenientes
Fué recibido sin contrarios votos,
Estando destas cosas inocentes
En Timaná, por ser los mas remotos;
Mas porque los rumores precedentes
Con mayor claridad les fuesen notos,
Secretamente fueron enviados
Dos yanacunas diestros y avisados.

Estos trajeron relacion entera,
Bien informados de ocular testigo,
No sin grave dolor del Juan Cabrera
Por la suerte contraria del amigo
Benalcazar, el cual antes que fuera
Tractó con él la pretension que digo;
Y así determinó hacer jornada
A este nuevo reino de Granada.

Y el viaje tardó mas en pensallo
Que en poner en efecto la partida:
Quisieran los que quedan estorballo,
Mas no bastó palabra comedida;
Con él se fueron treinta de caballo
Amigos, de la gente mas lucida,
Y de los fugitivos caminantes
El uno fué Juan Muñoz de Collantes.

Ellos partidos, al tercero día
Allí llegó por el nuevo regente
Aquel capitán Francisco Garcia
De Tovar, para ser allí teniente,
Y vistos los poderes que traía,
Lo recibieron amigablemente,
Mas requirieronle por vez tercera
Que fuese tras el dicho Juan Cabrera.

Porque llevaba muchos naturales
De los subyectos que les daban renta,
Con férreas colleras y ramales
Y no de carga la cerviz exenta,
Y á Juan Muñoz, que de rentas reales
Que fueron á su cargo no dió cuenta,
El cual en este tiempo que refero
Era, demás de alcalde, tesorero.

Bien entendido su requerimiento
Y no le convenir disimullarlo,
Partió para le dar el cumplimiento
Con treinta y cinco hombres de caballo:
Tanta prisa se dan al seguimiento,
Que en tres días pudieron alcanzallo;
Mas el Cabrera con los suyos piensa
Remitir á las manos su defensa.

Vista por el Tovar el apariencia
Y el denuedo de la contraria mano,
Mediante tinta hizo diligencia,
Y por papel y pluma de escribano:
Están enteros en su resistencia,
Y como viesse ser trabajo vano,
Debajo de amistad al Juan Cabrera
El Tovar le habló desta manera:

«Señor Cabrera, yerro manifiesto
Es el que cometéis sin fundamento,
Porque querer por armas llevar esto
No me parece ser acertamiento;
Limitese con término modesto
Un hombre de tan próspero talento,
Pues conocéis de mí que ya que salgo
No tengo de volver sin hacer algo.»

»Sali forzado por requerimiento
Que me hicieron todos los vecinos,
Pero cierto no tuve pensamiento
De querer estorbar vuestros caminos;
Pues solo fué mi principal intento
Volver indios bozales y ladinos,
Y al señor Juan Muñoz, que de sus cargos
Se viene sin dar cuentas ni descargos.

»Y pues un servidor como yo viene
Y en amistad y amor somos hermanos,
Suplicoos que mireis lo que conviene,
Porque los reyes tienen luengas manos,
Y do quiera que vais el mismo tiene
Jueces y fiscales y escribanos;
Y así para huir extremos graves,
Los medios me parecen mas suaves.

»Tener por bien, si la razon enfrena
A los que della no van discrepantes,
Darne todos los indios de cadena
Y al alcalde Juan Muñoz de Collantes;
Y aquesto hecho, id enhorabuena
Con todos los demás indios restantes,
Porque los sin prisiones bien entiendo
Que de su voluntad os van siguiendo.»

Concedénte los indios de collera
Con que del Juan Muñoz no se tractase,
Rogándose mucho Juan Cabrera,
Mas no pudo con él que lo dejase:
En efecto, volvió do no quisiera
Porque el gobernador no lo vejase,
Pero llegado tuvo tal aviso
Que hizo sus negocios como quisio.

Los otros proseguieron su jornada
Por pasos del Cabrera conocidos:
Llegan al nuevo reino de Granada
Cansados, pero no diminuidos;
Donde por Fernán Perez de Quesada
Fueron con gran aplauso recibidos,
Y no poco conjuntos á su lado
Juan de Orozco y Arias Maldonado.

Volviendo pues las manos á la trenza
Que del nuevo regente se teja,
Digo que sin empacho ni vergüenza
Usaba del poder que no tenia,
Y la guerra de paeces comienza
Con estampida de arcabuceria,
Que muchos arcabuces allí puso
Y desde entonces hubo dellos uso.

En tierras de los paeces entrados,
Caribe gente por estremo fiera,
Tuvieron dos recuentros porfiados,
Do ganó poco la fiel bandera,
Pues fueron compelidos y forzados,
Con pérdida de gente, salir fuera;
Y así volvieron á cristianos puestos
Fatigados y quasi descompuestos.

La fama, como no pierde camino,
Ni se le pone limite ni tasa,
En ponderar el dicho desatino
De Andagoya no quiso ser escasa,
Y á los oidos de Pizarro vino
Con larga relacion de lo que pasa;
El cual, en pena de tan poco seso,
Mandó que luego se lo lleven preso.

Estos poderes fueron enviados
A Juan de Ampudia por su gran cordura,
Pero cuando llegaron los recados
Estaba dentro de la sepultura;
Mas para ser mejor ejecutados
Llegó mas adaptada coyuntura,
Don Sebastian de Benalcazar digo
Cuyos discursos son estos que sigo.

Año de quince cientos y cuarenta
Cumplidos del divino Nacimiento,
La majestad imperial atenta
A sus servicios y merecimiento,
Demás de dalle generosa renta,
Autorizó con adelantamiento,
Trocando su virtud y valentia
Titulo de merced en señoría.

Por los de sus antiguas amistades
La nueva divulgada y estendida,
Ocurren de las villas y ciudades
A dar el parabién de la venida.
Obispo trajo con sus dignidades,
Mercenario, persona conocida,
De los primeros en esta jornada,
Y este fué fray Francisco de Granada.

Del signo del Leon era salido
Y á Virgo daba resplandor Apolo,
Cuando fué Benalcazar recibido
Y Pascual de Andagoya quedó solo:
En prisiones lo tuvo detenido
Algunos dias por aqueste dolo,
Hasta que á gobernar al Pirú vino
Vaca de Castro, de tal cargo dino.

Aqueste, como trajo poder largo
Y al Andagoya tuvo por amigo,
Hizo de sus prisiones desembargo
Y á Pirá luego lo llevó consigo.
Sus insignes hazañas en su cargo
Por escribillas otros no las digo;
Mas sé que en gobernar y hechos buenos
Ningunos fueron mas, y muchos menos.

Estos negocios de Andagoya llanos,
Como de Popayán ya se destierra,
El Benalcázar aprestó las manos
Con presupuesto de allanar la tierra:
Convocó los amigos baquianos
Para hacer á los de Paez guerra,
Cuyo nombre da muestras de dulzura,
Pero segun antifrasis figura.

Apercibieronse mas de doscientos
Soldados, por sus hechos conocidos,
Y en estos belicosos rompimientos
No menos rompedores que rompidos:
Ballestas y fumosos instrumentos
Fueron en cantidad apercebidos,
Con todos los pertrechos necesarios
A guerra de tan duros adversarios.

Son ciento de caballo, que cualquiera
En este menester era perfecto;
Entrellos va Tovar, que no debiera,
Segun parecerá por el efeto;
Llevó también, por ya saber quién era,
Al capitán llamado Martin Nieto,
Y á don Francisco su hijo mestizo,
Que muchas honorosas cosas hizo.

Y al capitán Baltasar Maldonado,
Que en este reino de descubridores
Y en sus conquistas fué tan señalado,
Que ningunos en él fueron mejores;
Del cual, aunque reposa sepultado,
No pueden sepultarse sus loores,
Y en Tunja deja para mayor gloria
Hijas que resucitan su memoria.

Dellas es la mayor doña María,
Que si á merecimientos de doncella
Ventura se mostrase madre pia,
Ninguna la ternia mayor quella;
Otra doña Ana, cuya gallardía,
Virtud y gracia vencen la mas bella;
Y Alonso Maldonado ya difunto,
Que fué de su valor claro trasunto.

No quiso ser exento destas redes,
Por ser no menos diestro que valiente,
Nuestro vecino Diego de Paredes
Calderon, que tenemos hoy presente,
Dignísimo de mas amplias mercedes
De las que su ventura le consiente;
Y otros algunos deste nuevo reino
Que se hallaron en aquel gobierno.

Habíalos entonces enviado
Desde este nuevo reino de Granada
Don Alonso de Lugo, adelantado,
A recoger la gente derramada
Que del descubrimiento del Dorado
Salió con Fernán Perez de Quesada;
Y entrar en Paez era su desino,
Atajar, al volver, algun camino.

Efectuóse pues esta partida
Por los que militar ardor inflama
En oportunidad que los convida,
Aunque suceso bueno no los llama.
La nueva y el tropel de la venida
Por la tierra de Paez se derrama,
Y antes quel español entrase dentro,
Los bárbaros salieron al encuentro.

Estimulados de las furias locas
Aquellas gentes bravas y terribles,
Que en aquella sazón no fueron pocas
Y en opiniones propias invencibles,
Ocuparon los pasos y las rocas
A los humanos piés inaccesibles,
Cuyos anfractos duros y aspereza
Son estrenados en naturaleza.

Con inminente riesgo se trabaja
Al entrar por aquellas angosturas,
Do los indios pelean con ventaja
A causa de tomalles las alturas:
Alguna parte del furor ataja
Sulfúreo tiro con pelotas duras,
Cuyo veloce vuelo mas alcanza
Quel presuroso golpe de la lanza.

En cualquier paso de quebrada fonda,
Antes que della nuestra gente salga,
Por cuantas partes hay á la redonda
Viene rodando penascosa galga:
Resuenan los crujidos de la honda,
Tantos, que no hay escudo que les valga
Hubo sangrientas frentes y mejillas,
Brazos quebrados, piernas y rodillas.

Aquesta furia nunca fué bastante,
Enhiesto cerro ni aspera ladera,
Para que no procedan adelante
Y de las angosturas salgan fuera:
A cierto rio llegan abundante,
El cual tenia puente de madera,
Donde con superbisimo coraje
Los bárbaros impiden el pasaje.

Gran espacio duró la competencia
Mas su trabajo no se perficiona,
Aunque el adelantado, sin paciencia,
En grande riesgo puso su persona;
En estas dilaciones hizo ausencia
La clara luz del hijo de Latona,
Y así por esta causa se retrajo
El campo de los nuestros mas abajo.

Con el obscuro de la noche fria
Buscan pasaje menos arriscado,
Y donde mas el agua se tendia
Hallóse para los caballos vado;
Pero para bagaj é infantería
Ganar aquella puente fué forzado,
Y este dificultoso desembargo
Tomaron tres peones á su cargo.

Del uno dellos yo no sé su nombre,
Por injuria del tiempo variable;
Y aunque tenemos destes tres un hombre,
Perdiólo su memoria deleznable:
Solo me dice merecer renombre
Adornado de fama perdurable,
Pues nunca se halló negar el pecho
Al mas dudoso y espantable hecho.

Fué Martin de las Islas el segundo,
Que en este nuevo reino de Granada
Y en otras partes deste nuevo mundo
Hizo bien larga prueba de su espada;
El tercero, que hoy nos es yocundo,
Con evidencias de la edad pasada,
Paredes Calderon, el cual ha sido
Ejemplo de valor engrandecido.

El curso de la noche demediado,
Segun del polo muestran las tutelas,
Se disponen al hecho señalado,
Armados con espadas y rodelas:
No hallan al contrario descuidado,
Antes con vigilantes centinelas
Que tocan arma, y en aquel instante
Opuestos dos mil bárbaros delante.

No baja con tal impetu creciente
De las alturas á los campos llanos,
Ni llamas prestas de vigor ardiente,
Impelidas de eierzos ó solanos,
Cuan prestos se abalanzan á la puente
Estos tres valerosos castellanos:
Menean brazos, y estos movimientos
Igualan á los mismos pensamientos.

Andan listos los piés, prestas las manos,
No sin sangre de quien el paso quita,
Y así de los que hallan mas cercanos
Este cae y aquel se precipita:
Crece la multitud de los paganos;
Confúndense con voces y con grita,
Por no dalles lugar el angostura
Para poder entrar quien lo procura.

Tanta priesa les dan y tanta caza,
Que con la mejoría de sus suertes
La puente toda se desembaraza,
Y al cabo della se hicieron fuertes,
Porque salir á mas estensa plaza
Era pagar las muchas con sus muertes;
Y allí valerse sin mortal mancilla,
Se tuvo por divina maravilla.

Sus fuerzas llegan al supremo grado,
En las cuales están todos enteros;
Mas no bastaran ellas ni el cuidado
Para no ver sus dias postrimeros,
A no haber don Francisco ya pasado
El vado con cincuenta caballeros,
Que llegaron con paso presuroso
A la puente y al trance riguroso.

Quedaron libres estos tres soldados
Con aquesta veloz arremetida;
Los indios compellidos y forzados
A reñir el riesgo de su vida,
Viendo que á muchos los siniestros hados
Hicieron que abreviasen la partida
A la profundidad de los infiernos,
Donde son los tormentos sempiternos.

Quitados de la puente los rigores,
Do la española parte se mejora,
Dió don Francisco gracias y loores
A sus atletas, y en aquella hora
Iba restituyendo sus colores
A los escelsos montes el aurora;
Y así el adelantado brevemente
Vino con el restante de la gente.

Prosiguen adelante sus caminos
Al valle que promete buenas suertes,
Pero todos los pueblos convecinos,
Que para pelear no son inertes,
Con galgas como piedras de molino
En un alto peñol se hacen fuertes,
Varios pertrechos, hijos y mujeres,
Y lo mas substancial de sus haberes.

Señoreábase desde el altura
Cuanto puede visible subtiliza:
Si lugar áspero formó natura,
Allí pudo llegar el aspereza;
Forma piramidal es su hechura,
Pero sitio capaz en la grandeza;
Algunos montes hay en las vertientes,
Y no faltaban cristalinas fuentes.

Las partes del imposibilitadas
Para subir por ellas piés humanos:
Solamente tenia dos entradas,
Do no podían asentarse llanos,
Antes las sendas van tan empinadas,
Que en vez de piés se sirven de las manos;
Y en estas no faltaban compañías
Que velaban las noches y los dias.

Hizose la posible diligencia
Con promettes amistad de hermanos,
Si diesen vasallaje y obediencia
Al mejor rey de todos los humanos:
Fué dellos la final correspondencia
Querer averiguallo por las manos,
Que las aprieten, y quien mas pudiere
Del vencido hará lo que quisiere.

Por el adelantado visto esto,
Y que le convenia sojuzgallos,
Asentó ranchos en lugar dispuesto
Para se menear con los caballos:
Noches y dias con furor molesto
Acuden bárbaros á contrastallos,
Dando tan á su salvo los asaltos,
Que revolvan libres á sus altos.

Consideradas las obstinaciones
Y fieros de la bárbara jactancia,
Que ya con atambores y pendones
Hacían, recogidos á su estancia,
Queriendo declarar sus intenciones
A los comillones de substancia,
El Benalcázar por oír prestas
Dijo pocas palabras, que son estas:

«Caballeros, cualquier riesgo patente
Es gran acertamiento que se haya;
Pero será mayor inconveniente
Salir aquestsos indios con la suya,
Porque de muchos el temor presente
En lo futuro no se disminuya,
Pues cada cual sabeis á lo que tira
Y cuánta multitud hay á la mira.

» Primero pues que llegue la mañana
Manifestádonos sus arreboles,
Quiero que de la gente mas lozana
Suban cien señalados españoles,
Porque la tierra toda queda llana
Si podemos ganar estos peñoles,
Y vayan por caudillos al efeto
El capitán Tovar y Martin Nieto.

» Lleven sus armas defensivas puestas,
Y con las ofensivas en la mano,
Cargados arcabuces y ballestas
Que pongan frenos al furor insano;
Los demas con caballos y armas prestas
Estaremos arriba de lo llano,
Cuanto cómodamente ser pudiere,
Por acudir á lo que sucediere.»

Correspondieron todos gratamente,
Por ser en punto gente tan entera
Que para riesgo muy mas evidente
Ninguno recelara la carrera:
Previene cada uno diligente
Aquel recado que menester era,
Y apercebidos para la jornada
Esperaban la hora señalada.

Al tiempo pues que la menor estrella
Moradora del cielo mas cercano,
Aquella digo que la lumbre della
Es sola la que toma del hermano,
Entra con pureza de doncella
A se lavar en ondas de Oceano,
E ya la soporífera tardanza
Igualaba del peso la balanza:

El capitán Tovar, que no dormía,
Hizo de los soldados llamamiento,
No con aquel ardor con que solía
Llegar á belicoso rompimiento,
Mas con tibieza tal, que parecia
Présaga de su mal acabamiento,
Asaltado de natural sospecha
Que estímulo de honor de sí desecha.

Y así, los compañeros recogidos,
Otro concepto del que tiene muestra,
Y los dos capitanes convenidos,
Martin Nieto tomó la senda diestra;
El Tovar por los pasos mas erguidos
Y de riesgo mayor, á la siniestra;
Y entrambos con silencio necesario
Fueron subiendo por camino vario.

El Nieto, no por ir mas advertido
Sino por un regalo de ventura,
Subió sin ser de nadie resistido
Ni vello, por la noche ser obscura,
De tal suerte, que cuando fué sentido
Estaba ya cercano del altura,
Y al tiempo que acudieron gentes prestas,
Disparan arcabuces y ballestas.

Cuyos tiros ningunos dan en vano,
Antes los mismos cuerpos son adarga;
Luego con la violencia de Vulcano
Apresuróse la segunda carga:
Al fin pusieron piés en lo mas llano
Que á su pesar el dueño desembarga,
Y así los sanos como los heridos
Fueron ahuyentados y esparcidos.

Allí paró con los de su estandarte
No consintiendo mas tender la rienda,
Contento con tomar aquella parte
Ya sin que la contraria se defienda:
Y en tiempo que pudiera de buen arte
Llevar mas adelante la contienda,
Parecióle volver sin hacer pausa,
E yo no sé decir cuál fué la causa.

Pero debió tener causas bastantes
Que fuera van de mis obligaciones,
Porque suelen en cosas semejantes
Engaños padecer las opiniones:
Antes pues que de estrellas radiantes,
Que en los mortales hacen impresiones,
La luz con la del sol fuese resuelta,
Para el adelantado dió la vuelta.

Tuvo suceso deste diferente
El capitán Tovar en la subida,
Por ser innumerable la creciente
De la gente feroz endurecida;
Mas él propuso con fervor ardiente
Ganar los altos ó perder la vida;
Y así con tiros y con hechos buenos
Allá subieron sin hacellos menos.

En esta hora de temor horrendo,
Hora menguada y hora lastimera,
Venía ya sus rayos descubriendo
Aquel planeta de la cuarta esfera:
Aumentase la grita y el estruendo
De gentes, como si de talanquera
Vieran pelea de león y oso,
O tuvieran los toros en el coso.

Hay tanta multitud que los oprima
Como gran espesura de arboleda,
A la similitud que en el esgrima
Gran cantidad de gente hace rueda:
Llueven dardos y piedras de por cima
Por tantas partes, que ninguna queda
Donde nuestro Tovar, como quien era,
En su defensa justa persevera.

Duró desta manera la porfia
Con recíprocos acometimientos,
Hasta que declinó del mediodía
El sol con sus lieros movimientos:
El calor y la sed que se sufría
Pasó de los humanos sufrimientos,
Y traspasó la raya del espanto
Poder hombres mortales durar tanto.

No les sirven ballestas ni cañones
Con que bala mortal es impelida,
Y con que la braveza de escuadrones
Había sido siempre rebatida,
Porque faltaban ya las municiones,
Artificiales rayos y estampida;
Y así los indios, que lo tal sospechan,
Oportunas sazones aprovechan.

Comienzan de mas cerea los combates
Largando riendas á las osadías;
Pero los nuestros suben de quilates
Su brio, su valor y valentías,
Dando crüeles fines y remates
A las mas atrevidas gallardías;
Aunque desbaratados los que encuentran,
Por espaldas y lados otros entran.

Bien quisieran huir tan mala suerte,
Mas su resolución es homicida,
Porque si huyen caen en la muerte,
Y si no huyen piérdese la vida;
Al fin no puede, de lo que se advierte,
La determinación ser digerida;
Mas uno, que no sé decir quién era,
Al Tovar le habló desta manera:

«Decidme, señor mío, ¿qué esperamos
Cuando menos conviene que se espere?
Por las dos partes les acometamos
Por donde mas el impetu nos hiera.
¿Sus! en cuadrillas dos nos dividamos,
Y caiga de nosotros quien cayere;
Pues quien rompiere, como vivo salga,
Podría ser que de los piés se valga.»

Lo dicho por aquel soldado viejo
No les pareció mal á los oyentes,
Porque en perplejidad cualquier consejo
Da muestra de razones concluyentes:
Hallando pues en ellos aparejo
Sin haber pareceres diferentes,
Para romper á los que los impiden
En dos partes iguales se dividen.

Usábase traer barba crecida
En aquella sazón y autorizada,
Y era la del Tovar barba vellida,
Largos bigotes, toda bien poblada,
Y entonces la traía recogida
Al modo de cabellos entrenzada;
Y á los soldados, antes que comiencen,
A gran prisa mandó la desentrecen.

Debió de ser, según lo que yo puedo
Congeturar de aquesta diligencia,
A los imberbes indios poner miedo
Con la ferocidad de su presencia:
Y así con ferocísimo denuedo,
Confiado de Dios y su clemencia,
Puso los pensamientos y la frente
Adonde vió mas multitud de gente.

Mandó hacer el acometimiento
Diciendo: «Si Dios quiere que este día
Sea de mi final acabamiento,
Su voluntad se cumpla y no la mía,
Incierta de cual es acertamiento
Si por la santa suya no se guía.»
Y aquesto dicho, los insignes martes
Rompen la furia por entrambas partes.

Por donde fué la gente sin caudillo,
A causa de ir Tovar por otra vía,
Tentó subir el capitán Morillo
Que con treinta soldados acudia
A la gran algazara del castillo,
A los cuales Benalcázar envía,
Considerando que en el alto morro
Necesidad había de socorro.

Puso Morillo suma diligencia
Por llegar con los suyos al aprieto,
Mas al subir fué tal la resistencia
Que se volvieron sin hacer efeto;
Los otros que rompieron la violencia
Sin aguardar decoro ni respeto,
Se desgalaron por la cuesta abajo
Por el camino que Morillo trajo.

Levanta los tobillos quien mas puede
Para juntarse con los de los llanos,
Y aunque este se despena y aquel rueda
Nadie cura de amigos ni de hermanos:
El furor de los indios que procede
Hubo los siete dellos á las manos;
Los otros escaparon de las redes,
Y destos es el Diego de Paredes.

Rompido por Tovar el torbellino
Que le cabía por su derescera,
Metióse por un monte convecino
Pensando que mejor le sucediera;
Mas en prosecución de su camino
Dió con innumerable gente fiera,
Demás de los que fueron en alcance
Por no perder áquel honroso lance.

Viéndose saltados de repente
De crüel escuadron aunque desnudo,
Quien mas aliento tuvo de su gente
Huyó por donde buenamente pudo;
Quedaron con él once solamente,
La mayor parte dellos sin escudo,
Que no haciendo cuenta de sus vidas
Procuran de vendellas bien vendidas.

«Mas el mayor estrago fué ninguno,
Si lo uno y lo otro se avalia,
Pues importaba mas la vida de uno
Que cuantas el peñol alto tenia;
El impetu de muchos importuno
Con terrible calor prevalecía,
Y de los miserables el mas fuerte
A brazos anda con la misma muerte.»

Destá manera la fiel docena,
Traspasada por pechos y por lados,
Anda pagando la severa pena
Que destinaron sus atroces hados,
Hasta que en sangre propia y en ajena
Quedaron todos ellos anegados,
Cortadas al momento las cabezas
Y los llagados cuerpos hechos piezas.

Así tuvo Tovar acabamiento
Que cuasi del Anasco fué trasunto,
El cual pudo fingir impedimento
Cuando de tacto mal tuvo barrunto;
Mas no quiso huir el detrimento,
Por no caer un punto de su punto,
Y á sus excusas todos dieran lado
A causa de estar bien acreditado.

Decían muchos ser fatal sentencia,
Planeta, signo, constelacion dura,
Pero la semejante dependencia
No tiene fuerza sobre la cordura,
Pues el varon dotado de prudencia
Muchos inconvenientes asegura,
Cuanto mas quel peligro del enhiesto
Peñol á todos era manifiesto.

A los demás que por despeñaderos
Huyeron divididos y apartados,
Dióles la vida ser de piés lieros,
Y entonces mas veloces que venados,
Y estar los indios, con los compañeros
Que con Tovar quedaron, ocupados;
Pues con cudicia del presente cebo
No fueron á buscar otro de nuevo.

Como suelen en indica dehesa
Cazadores con perros de trailla,
Que buscando sustentos de su mesa
Toparon de venados gran cuadrilla,
Y en aquellos que pueden hecha presa,
La resta no procuran de segulla,
Contentos con lo que en las manos queda,
Sin que tras lo dudoso se proceda:

Destá suerte los bárbaros espertos
En correr por lugares salebrosos,
No quisieron dejar los lances ciertos
Por seguir los inciertos y dudosos;
Mas repartidos ya los cuerpos muertos
Por los que se mostraron mas briosos,
Determinaron con potente mano
Romper con el ejército cristiano.

Ocupáronles todas las salidas
Con tantas gentes y de tal manera,
Que corrieran gran riesgo de las vidas
Si por adonde entraron se saliera;
Después á salvo dan arremetidas
Tantas, que les conyino salir fuera,
Tomando las montañas por amparo
Para por ellas ir á campo claro.

Caminaron con gran desabrimiento
Por los habidos en aquel viaje;
Y en confianza de cursado tiento
Rompieron por el áspero bosqueaje,
Camino de mayor detenimiento,
Hasta que ya llegaron al paraje
De Cali, do salieron mal parados,
Mas no de sus venganzas olvidados.

Y así, después que ya la primavera
Del de cuarenta y uno fué llegada,
El fuerte Benalcázar persevera
En la guerra de Paez comenzada,
A la cual coyuntura Juan Cabrera
Volvió del nuevo reino de Granada,
Que no le dió pequeño regocijo
Por le tener amor de mas que hijo.

Y en comun redundaron los placeres
Por él hacellos á cualquiera banda,
Demás de que vulgares pareceres
Se van tras el que tiene quien los manda:
Dióle de general largos poderes,
Y fueron contra la nación nefanda,
Donde después que entraron en la tierra,
Sin mal suceso les hicieron guerra.

El modo de hacella no lo digo,
Por ser inacabable si se empieza,
Pero sé que se hizo gran castigo,
Adonde les quebraron la cabeza,
Satisfaciéndose del enemigo,
Sin morir español ni faltar pieza;
Mas con los castigar según le plugo
No pudo sometellos á su yugo.

Después ya de punir aquestas gentes,
Sobre cuantas nacieron inhumanas,
Recorrieron provincias diferentes,
Así remotas como comarcanas,
Gastandose los tres años siguientes
En las pacificar y hacer llanas,
Al cabo de los cuales nuestros reyes
En Indias estamparon nuevas leyes.

Para Pirú con esta diligencia
Por virey vino Blasco Nuñez Vela,
Donde la tierra falta de obediencia
Contra mandatos regios se rebela;
Y porque de aquí tiene dependencia
Aquello que me resta de la tela
De Benalcázar, la por mí cumplida,
Pero con canto nuevo difundida.

CANTO DECIMO.

Donde se cuenta la venida del virey Blasco Nuñez Vela á Popayán, y cómo allí se rebizo de gente para ir contra Gonzalo Pizarro, y llevó consigo al adelantado don Sebastián de Benalcázar, y á Juan Cabrera y otros valerosos soldados.

Los que mal hacen, porque no se entienda,
Huyen de donde resplandece lumbre;
A los incorregibles el enmienda
Les es intolerable pesadumbre;
Y así suelen decir, á los sin rienda
A par de muerte ser mudar costumbre,
Que como sobre mal subycto caiga
Con gran dificultad se desarraiga.

Pues como corregillos es al gusto
Y voluntad de los celosos reyes,
Y en Indias no viviesen tan al justo
Que no tractasen mal barbaras greyes,
El gran emperador César Augusto
Don Carlos quinto hizo nuevas leyes
Para que desterrada la malicia
Se besasen la paz y la justicia.

Fueron en el Pirú mal recibidas,
Y el virey, mas brioso que paciente,
Con celo de las ver obedecidas,
Queríalo llevar por lo valiente:
La furia de las gentes atrevidas
A tal temeridad puso la frente,
Que para lo prender se dieron maña,
Y preso le mandaban ir á España.

Mas en el mar del Sur el mensajero,
Pareciéndole grave desatino
No dalle libertad al prisionero,
En ella lo dejó por el camino:
El para castigar el desafuero
A la ciudad de Popayán se vino,
Adonde Benalcázar y sus gentes
A sus mandatos fueron obedientes.

Como reconoció leales pechos
En todos estos pueblos comarcanos,
Juntó soldados, armas y pertrechos
Para revolver sobre los tiranos;
Los cuales ya sus temerarios hechos
Sustentaban con armas en las manos,
Cierta papel tomando por cubija
Y á Gonzalo Pizarro que los rija.

El cual, sabidas bien las intenciones
Del virey, según hemos declarado,
Para Quito guño sus escuadrones
Y puso contra rev campo formado;
Con tantas y tan buenas prevenciones
Cuantas pedía caso tan pesado:
Hizo el virey la misma diligencia,
Pero menoscabado de potencia.

Fué Benalcázar pues en su servicio,
Y con honroso cargo Juan Cabrera,
Con otros muchos que en aquel oficio
Pudieran ser preciados donde quiera;
Mas no les acudió hado propicio
A los que siguen la real bandera,
Porque los mas murieron junto á Quito
En aquel asperísimo conflicto.